



Finanzas

La enfermedad contagiosa del dólar

PARA reforzar la divisa americana, los aliados de Jimmy Carter habrán de aceptar —quieran o no— medidas contrarias a sus intereses.

La reciente "cumbre" europea de Copenhague estuvo marcada por el dramático desarrollo de la crisis del dólar. Ciertamente se respetó el orden del día: relanzamiento económico, relaciones con el Japón, fecha de las elecciones para el futuro Parlamento Europeo. Pero se mencionó una y otra vez el hundimiento de la divisa norteamericana, las medidas que podría adoptar Jimmy Carter para sacarla a flote y las repercusiones que todo ello tendría sobre los aliados norteamericanos, sobre todo los europeos.

Para frenar la baja acelerada del dólar con respecto a las monedas fuertes, el marco, el yen y el franco suizo, Washington ha de elegir entre dos tipos de medidas. O bien toma decisiones unilaterales, análogas a las adoptadas por Nixon en agosto de 1971 y que se traducirían en un recrudescimiento del proteccionismo americano, o bien trata de obtener una ayuda financiera y comercial masiva de Europa y el Japón, que sería aceptada "ilbaramente". En ambos casos se buscaría la contribución del Mercado Común. Y esta contribución y sus modalidades es lo que ha preocupado fundamentalmente a Copenhague.

Más tarde o más temprano, Carter va a verse obligado por la caída del dólar a llevar a cabo una "desgarradora" revisión de la estrategia elaborada con su "zar" energético, James Schlesinger. Porque tal estrategia ha tropezado en los mismos Estados Unidos con obstáculos insuperables.

Hace un año, Jimmy Carter lanzó su programa de ahorro energéti-

JACQUES MORNAND

co y lo presentó a las Cámaras. Se trata de un programa valiente. Su objetivo era atenuar la dependencia energética del país, aumentando su producción de petróleo, de gas natural y de carbón y fomentando el ahorro de esas materias primas. Carter se proponía disminuir las importaciones de petróleo —45.000 millones de dólares en 1977—, que han provocado el déficit record de 31.000 millones de dólares en la balanza comercial de Estados Unidos correspondiente a ese mismo año, y un déficit de 7.000 millones de dólares para los primeros meses de 1978.

Ahora bien, desde abril de 1977, el Senado y la Cámara de Representantes se lanzaron a interminables discusiones sobre el Energy Bill (proyecto de Ley en materia energética). Mientras que una parte de ese programa era aceptada por una de las dos Cámaras, la otra la rechazaba sin ambages. Con todo se llegaría a un compromiso, aunque en él se desvirtuase el proyecto inicial. En lugar de aplicar la receta de caballo indispensable para el saneamiento de la economía americana, se optaría por un tratamiento homeopático de efectos limitados.

El dólar no se ha visto debilitado solamente por el déficit energético de los Estados Unidos, sino que está también minado por el déficit presupuestario y el abuso de la máquina de hacer billetes. Antes de llegar a la Casa Blanca, Jimmy Carter condenaba duramente la facilonería política de sus predecesores republicanos en materia de Hacienda pública. Prometía restablecer el equilibrio presupuestario en 1979 como muy tarde. Ahora bien, desde que ocupa el sillón de la Casa Blanca, el presupuesto ha alcanzado su mayor déficit, lo que contribuye a aumentar la inflación.

Las tendencias inflacionistas se ven agravadas por la apertura de las compuertas del crédito. El dinero abundante y barato ha posibilitado hasta ahora en los Estados Unidos uno de los índices de crecimiento más elevados del mundo. Pero hoy esta práctica suscita grandes aprensiones. Se teme en Wall Street, donde las cotizaciones de Bolsa han disminuido en un 25 por ciento desde que Carter está en el poder, pese a los beneficios record registrados por las grandes sociedades, que este desbaratamiento del sistema crediticio precipite de nuevo a Norteamérica en el ciclo infernal de la inflación-recesión.

La baja del dólar angustia a los aliados de los Estados Unidos. Dificulta sus exportaciones en el mercado norteamericano, donde sus productos se encarecen. Por ejemplo, el alza del yen con relación al dólar frena las ventas de automóviles japoneses en los Estados Unidos. Lo mismo ocurre con la moneda suiza, cuya más alta cotización obstaculiza las ventas de relojes suizos.

La pregunta actual es si la caída del dólar no provocará próximamente una nueva escalada del precio del petróleo. El 4 de mayo, los dirigentes de la OPEP abordarán el problema. Según los representantes del Irak y de Kuwait, la depreciación de la divisa norteamericana ha resultado en una reducción del 10 por 100 de sus ingresos petroleros. Incluso el Rey Jaled, de Arabia Saudita, nada sospechoso de antipatías hacia los Estados Unidos, ha tomado postura. En carta dirigida al Presidente norteamericano, Jaled explica que su país ha resistido hasta ahora todas las presiones de sus aliados en el sentido de aumentar el precio del petróleo. Pero si el dólar continúa bajando, Jaled ame-

naza con asumir las posiciones de los "maximalistas" de la OPEP.

La depreciación del dólar constituye una seria amenaza para todo el edificio económico y financiero internacional, porque no en vano es su clave de bóveda. Las reservas de los Bancos centrales de todo el mundo, compuestas esencialmente de dólares, se funden como la nieve al sol. Los ingresos de los productores de materias primas cotizadas en dólares sufren la misma suerte. La baja del dólar es un arma temible para los Estados Unidos en la guerra comercial internacional. Desvía hacia los mercados europeos más permeables, como Francia, el exceso de los gigantes de la exportación mundial, Japón y Alemania. Sobre todo, la crisis desequilibra el mercado de capitales, donde de 200.000 a 300.000 millones de eurodólares van de un lado para otro, como una carga mal estibada en las bodegas de un barco en plena tempestad.

Después de todos esos reveses, Jimmy Carter acaba de apuntarse algunos tantos. La huelga de mineros llega a su fin. El tratado sobre el canal del Panamá debe ser ratificado por el Congreso. Jimmy Carter puede aprovecharse de todo ello para retomar la iniciativa y remontar la corriente. Si no lo consigue, el mundo occidental, que cuenta ya con veinte millones de parados, puede verse abocado, como en 1975, a una recesión.

Pero no nos engañemos. Norteamérica no podrá salir del aprieto si no es adoptando una serie de medidas contrarias a los intereses de sus aliados: gravamen a la importación de petróleo, barreras aduaneras suplementarias, etc. En suma, una especie de Plan Marshall al revés. ■ = "Le Nouvel Observateur".

Irán

La calle contra el Sha

EL duelo como método revolucionario. La idea puede parecer barroca. Pero en un país como el Irán, donde religión y política están intrínsecamente mezcladas, hasta el punto de que se califica a la oposición de islamomaxista, es una táctica que parece tener éxito.

Desde hace tres meses, en efecto, en las grandes ciudades iraníes, la crisis está abierta. A comienzos de enero, en la ciudad santa de Qom, la Policía reprimió una manifestación de estudiantes y provoca-

ba más de setenta muertos. Cuarenta días más tarde, en Tabriz, tercera ciudad por su importancia de Persia, una ceremonia religiosa en memoria de los "mártires de Qom" degeneraba en motín después de que la Policía tratase de prohibir el acceso a la mezquita. Intervino también el Ejército, disparando con sus ametralladoras sobre la muchedumbre desde helicópteros. Balance: un centenar de muertos, cerca de un millar de heridos, la matanza más sangrienta que haya conocido el Irán desde las manifestaciones